

¿Plan? ¿Qué plan?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

En 1975 la banda británica Supertramp publicaba el álbum “¿Crisis? ¿Qué crisis?”. En la portada aparecía, en medio de un espacio lleno de escombros, un joven con gafas de sol y en bañador debajo de una sombrilla, teniendo en la mesa de al lado un refresco. Al fondo, un paisaje industrial un tanto inquietante. 45 después, dos personajes trajeados y encorbatados, Trump y Netanyahu, nos presentan en la Casa Blanca un supuesto proyecto de paz que ha de poner fin al conflicto israelo-palestino. Al fondo, también podríamos hablar de un escenario caótico, el que viene siendo habitual en Oriente Próximo desde hace décadas. Con una Gaza destrozada, una Cisjordania asfixiada, una Siria maltrecha, un Irak en estado de shock, un Líbano desconcertado, etc, etc. En definitiva, un panorama muy poco acorde con ese “plan del siglo” del que viene hablando el multimillonario desde su acceso al poder hace tres años y que, la verdad, podía haberse redactado en sólo tres horas, debido a que no aporta prácticamente nada nuevo a lo que viene diciendo Netanyahu últimamente. Bastaba con que Jared Kushner, su responsable, hubiese tomado unas cuantas notas en uno de sus encuentros con su amigo Bibi para redactar este documento cuyo valor debe ser puesto en entredicho.

Trump había asegurado que no lo daría a conocer hasta pasadas las elecciones en Israel, si bien finalmente se ha adelantado a la celebración de los comicios de marzo, los terceros en un año. La pregunta es por qué ahora. Por dos razones. Primero, por el juicio político de destitución y, por tanto, para distraer la atención, aunque la mayoría republicana en el Senado ha decidido exonerarlo y seguirá en la presidencia. Y segundo, para echar un cable a Netanyahu, imputado formalmente de tres delitos de corrupción por el fiscal general del Estado, lo que no le impide, sin embargo, seguir con su actividad política y presentarse a la reelección como primer ministro. La idea es venderlo como baza definitiva para derrotar a su oponente Benny Gantz, quien ganó las últimas votaciones sin poder conformar gobierno. No obstante, el anuncio ha tenido una repercusión limitada, especialmente en los medios de Estados Unidos, al haber coincidido con las filtraciones del borrador del libro que ha escrito John Bolton, el ex asesor de Seguridad Nacional que salió de forma abrupta de la Casa Blanca. En ellas delata que Trump mandó retener la ayuda militar a Ucrania hasta que se abriera una investigación a la empresa Burisma, en la que trabajó Hunter Biden, hijo del candidato Joe Biden. En mitad del “impeachment” estas revelaciones han tenido mayor eco que el texto presentado por Trump y Netanyahu.

Un texto, por cierto, del que conocíamos bastantes detalles a través de la propia política norteamericana en la zona durante la Administración Trump. Por ejemplo, se habla de Jerusalén como capital íntegra de Israel, asumiendo la anexión de Jerusalén Este. El desplazamiento de la embajada americana de Tel Aviv a Jerusalén Oeste podía apuntar en esta dirección, confirmándose de este modo los deseos del ejecutivo israelí, en contra de la legalidad internacional que sólo reconoce las fronteras de 1967. De suerte que, cuando el texto habla de al-Quds (Jerusalén en árabe) como capital del Estado Palestino, se refiere a unos suburbios separados por el muro de la vergüenza. Y no sólo eso, ya que se consiente también la anexión del valle del Jordán, es decir, un 30% del territorio de Cisjordania, lo que implica quedarse con las reservas de agua y el suelo más fértil y dar carta de naturaleza a los asentamientos ilegales de esa área. En

definitiva, no respeta el derecho internacional, que es lo que viene haciendo Israel desde su creación en 1948.

La Administración Trump rompe con la política exterior anterior, pretendiendo al mismo tiempo que los palestinos acepten este trágala a cambio de corresponderles con un Estado mermado en todos los sentidos, una ayuda que se presume multimillonaria y olvidarse del tema de los refugiados. En el fondo, parece que, dada su obsesión con Barack Obama, pretendiera él también aspirar al Premio Nobel de la Paz. Por el momento, lo único que ha logrado es el rechazo de la Autoridad Nacional Palestina y la ruptura del acuerdo de seguridad que ésta tenía con Israel y Estados Unidos. Incluso, la Liga Árabe lo ha rechazado por unanimidad, a pesar de las disensiones internas por el mayor o menor grado de colaboración que algunos de sus miembros tienen con Washington. Otro tanto han hecho las Iglesias de Tierra Santa, Irán, Turquía, China o Rusia, que duda mucho de su viabilidad.

Así, pues, el siguiente paso de los palestinos es denunciarlo ante el Consejo de Seguridad de la ONU. En realidad, si se quiere solucionar un asunto tan complejo como éste, no se puede presentar un escrito sin haber contado con representantes palestinos en su elaboración. Está claro que Estados Unidos no puede liderar el proceso en la región, al ser un árbitro casero y carecer de credibilidad. Es necesario volver a las negociaciones, sí, pero con un nuevo protagonista que tenga el suficiente crédito en la región. Porque, el plan nace muerto y sólo va a agravar el conflicto.

2 de febrero de 2020

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de febrero de 2020, p. 32